



La barbarie

- La barbarie estructural de nuestro tiempo
- La barbarie bélica y sus falacias
- La barbarie en la idea del hombre
- La barbarie de la justicia en la guerra
- La barbarie científico-técnica
- La barbarie religiosa
- La barbarie energética

LA BARBARIE

Presentación

Bárbaro era, para los griegos, literalmente, el barbarófono, el que «barbarbareaba» al hablar. Pero no se nos ocurriría tener por bárbaro a quien, tras aparcarse a nuestro lado su apabullante cilindrada, nos preguntara en extraña lengua por la dirección que busca. Más bien, al contrario, habría quien estuviera tentado de tenerse a sí mismo por bárbaro ante semejante personaje. No será la ignorancia de cualquier lengua la que le haga a uno bárbaro, sino la lengua del Poderoso, la lengua del Imperio.

Pero, además, la mera barbarofonía será, en todo caso, indicio de presunta barbarie, pero no su rasgo definitorio. No se considerará ya bárbaro al de habla extraña, sino al que es o, por su habla, nos parece a la vez rudo, fiero, peligroso, temible. Y ante el que, por eso, nos prevenimos... Habrá que hacer alguna barbaridad preventiva frente a la barbarie del bárbaro, porque ensuciará nuestra Etnia, adulterará nuestra Raza, debilitará nuestra Nación, corromperá Nuestras Esencias, enturbiará nuestra clara Identidad, impedirá nuestra Soberanía. Hagamos desaparecer a los bárbaros para que no sean ellos los que nos hagan desaparecer a nosotros. Nos sentimos así legitimados para cualquier barbarie frente al bárbaro. ¿No es la guerra claro indicio de que aún estamos, como especie, en un nivel premoral?

A la idea de bárbaro, en efecto, va unida también inicialmente la de fiero, rudo, repugnante, cruel, atroz, físicamente intimidante. Pero la sucia fiereza, las horribles imágenes que inspiran pavor físico o hieren «la sensibilidad del espectador» no son tampoco notas esenciales de la barbarie. La peor barbarie va embozada en tan civilizadas formas que a muchos les resulta irreconocible. Ni todo lo que machaca nuestros sentidos merece ser tenido y condenado por bárbaro, ni todo lo que se aviene con nuestra sensibilidad puede ser tenido por bueno. Y para detectar determinadas barbaries es preciso contar con un sentido moral no estragado, siendo así que son justamente las más refinadas e inadvertidas barbaries las que lo estragan.

«Barbaridad», «bárbaro» son términos que han venido a incorporar un sentido positivo tanto cuantitativamente («de eso sabe Carlos una barbaridad»), como cualitativamente («nos lo pasamos bárbaro en la excursión»). Pero, está claro, no hablamos aquí de esa pon-

derativa «barbaridad», ni de ingenuas y simpáticas «barbaridades», sino de las que son espantosas brutalidades, atroces bestialidades, horrenda barbarie.

Nos rodean e invaden muy diversos tipos de barbarie, de planes, programas y actuaciones, de actos de barbarie que delatan un *estado de barbarie*. De nuestra barbarie. Cada época produce su propia barbarie, con los medios que le brinda su grado de progreso científico-técnico. Inéditas posibilidades de barbarie nos abre la revolución biotecnológica. Nuestra capacidad de barbarie es muy superior a la del hombre de Atapuerca. Más eficaz, más eficiente, más limpiamente bárbara, más bárbara.

Lejos ya de su originario sentido etnográfico y lingüístico, la barbarie aparece como un concepto moral. Ni se agota en ningún espacio o tiempo concreto. Atraviesa la Historia, se hace presente en todas partes. Barbarie es la actuación, la actitud, el estado, la condición de quien habla un lenguaje comportamental absolutamente contrario al lenguaje de las exigencias morales constitutivas de la realidad humana, personal. Practica la barbarie, está en la barbarie no quien simplemente viola el orden moral, sino quien lo hace hasta el punto de parecer desprovisto de la condición humana. Como al bárbaro étnico-lingüístico el civilizado que así lo llama lo sitúa fuera de la comunidad civilizada (cuando no de la humana, sin más), así en el orden moral la barbarie la atribuimos a quien llega a extremos de maldad para los que se piensa que sería obstáculo infranqueable la mera condición humana, si la hubiera...

La cultura no excluye la barbarie, puede hacerla más refinada, tanto más sucia moralmente cuanto más aséptica físicamente. Más insensible, más firme, menos expuesta a debilidades del arrepentimiento. Tanto más bárbara cuanto más bien argumentada. La civilización y el progreso científico no excluyen la barbarie, la potencian. Alguien ha dicho que el *hooligan* no es sino un refinado producto de nuestra civilización... Entre el *homo antecessor* y el atildado Poderoso de hoy que viaja en su avión particular, ¿qué diferencias morales hay?. El moderno Poderoso puede ejecutar a más en menos tiempo más limpiamente, sin ofrecer ni ofrecerse el desagradable espectáculo de sanguinolenta «bar-

barie» exhibido por quien no podía alcanzar un alto rendimiento al eliminar prójimos por medios rudimentarios, con una quijada no tratada, sin empuñadura...

Progreso científico-tecnológico no es progreso moral. Evidentemente. ¿No hay progreso moral? No precisamente gracias al científico-tecnológico. Tenemos más medios para hacer el bien o el mal, pero éstos nos son los medios con que nosotros mismos podemos hacernos mejores o peores moralmente. Resultará que quienes están en «mejores» condiciones de incurrir en la más grande barbarie son los hegemónicos del poder, a la vez carcomidos por la perversión moral más absoluta, desprovistos del más elemental sentido ético, cegados por el apetito de dominio hasta la degradación del idiotismo moral. El más poderoso en bárbaras armas ultramodernas, pero eficaces sólo contra barbaridades clásicas, se ha descubierto, de pronto, un terrible día, y aunque se niega a decírselo a sí mismo, como Gran Impotencia Bélica Mundial frente a nuevas formas de barbarie a las que sólo podrán hacer frente con eficacia armas culturales y morales y a largo plazo. El pavor de su impotencia le lleva al alarde del anacrónico poder que posee. Ante esas inéditas formas de barbarie es necesaria una Gran Potencia Moral: ¿dónde está?

Dentro de cada grupo social, de cada cultura, serán tenidos y prevenidos como bárbaros quienes conculcan la propia ley hasta parecer despojados de una faz humana ante la mirada de los suyos. Pero el grupo como tal no advertirá su propia barbarie. La barbarie grupal (tribal, nacional, estatal...) se presentará circundada por el halo del patriotismo, se verá legitimada como legítima defensa preventiva, como medio ineludible para salvar los valores más sublimes, se querrá, incluso, envuelta en la bandera de los derechos humanos. Será tenido por sospechoso, presunto traidor, quien haga aun la más tímida llamada a la autocrítica, a la discusión sobre la legitimidad de la causa que nos mueve y de la presunta implacable necesidad de medios en sí «bárbaros»...

Para cada unos son bárbaros los otros. Esta relatividad cultural de la barbarie depende de la relatividad de los patrones morales. Pero contra todo relativismo hemos de afirmar que hay una *barbarie absoluta*, una barbarie que lo es y ha de ser reconocida tal en toda cultu-

ra y para toda cultura. Barbarie absoluta: la que lo es en relación con exigencias objetivas absolutas. El concepto de barbarie deja de contraponerse a civilización o cultura. La barbarie se contrapone a humanidad / cordura / sabiduría / amor. Barbarie absoluta la que trata de torcer violentamente el camino que conduce a un orden mundial objetivo de exigencias de humanización, de fraternidad universal, de buena globalización que prepara el advenimiento del Reino.

Mientras nos veamos ante todo como miembros de una comunidad particular cerrada, seremos extraños y bárbaros los unos para los otros. En una pluralidad de culturas cerradas, para cada una son bárbaras todas las demás. Dejaremos de sentirnos y decirnos bárbaros los unos a los otros, dejaremos de hacernos barbaridades, cuando hayamos realizado la gran familia humana. Pero ese supuesto es, ése sí, es el del final de la Historia, el de la consumación de los tiempos, el del advenimiento definitivo del Reino.

Frente a la perversidad refinada de quien pisotea al hombre con los mejores modos, sin mancharse; frente a la exquisita corrupción de la sociedad opulenta indiferente a las víctimas sobre las que se alza, aparecerán legitimados —asumirán el papel de los buenos— los jóvenes y elementales bárbaros que arrasen sin miramientos a los obesos tiranos moralmente hediondos: a sangre y fuego. También la figura del bárbaro ha sido la del puro, que salva al mundo, que hace avanzar a la Historia. El buen bárbaro fieramente puro purifica de sus escorias este sucio mundo. Puede ser fuerte la tentación de considerarnos situados en ese papel. Ése deberá ser también el momento en que caigamos en la cuenta de que la frontera entre barbarie y amor atraviesa el corazón de cada hombre.

Queremos que nuestra denuncia sea tan clara, insoportable y arriesgada como humilde. Porque la barbarie con la que hemos de enfrentarnos y de la que hemos de purificar este mundo, es nuestra barbarie. Y la lucha contra la barbarie, en este eón caliginoso, cubierto por el misterio de iniquidad, pasa por la efusión de sangre, de la nuestra, la metafórica y la real, la que se derrama roja y negra sobre esta tierra que así podrá ser transmutada en la nueva tierra en la que, bajo unos cielos nuevos, no habrá ya más llanto, ni gritos ni dolor.